

buscar, y hízome una figura en un paño del camino que habia de llevar, y dióme cierto oro y mujeres, sin le pedir ninguna cosa, porque hasta hoy lo he pedido á los señores destas partes si ellos no me lo quisieron dar. Habiamos de pasar aquel estero, y antes dél estaba una gran ciénaga. Hizo hacer en ella una puente, y para este estero nos dió mucho aparejo de canoas, todo el que fué menester, y dióme guías para el camino, y dióme una canoa y guías para que llevasen al español que me habia traido las cartas de la villa de Santistéban del Puerto, y á los otros indios de México á las provincias de Xicalango y Tabasco, y con este español torné á escribir á las villas y á los tenientes que dejé en esta ciudad, y á los navíos que estaban en Tabasco y á los españoles que habian de venir con los bastimentos, diciendo á todos lo que habian de hacer; y despachado todo esto, le dí al señor ciertas cosillas á que él se aficionó; y quedando muy contento, y toda la gente de su tierra muy segura, me partí de aquella provincia el primer domingo de cuaresma del año de 25, y aqueste dia no se hizo más jornada de pasar aquel estero, que no se hizo poco. Díle á este señor una nota, porque él me lo rogó, para que si por allí viniesen españoles supiesen que yo habia pasado por allí, y él quedaba por mi amigo.

Aquí en esta provincia acaeció un caso que es bien que vuestra majestad lo sepa, y es que un

ciudadano honrado desta ciudad de Temuxtitan, Mesicalcingo, y ahora se llama Cristóbal, vino á mí muy secretamente una noche y me trujo cierta figura en un papel de lo de su tierra, y queriéndome dar á entender lo que significaba, me dijo que Guatalemucin, señor que fué desta ciudad de Temuxtitan, á quien yo despues que la gané he tenido preso, teniéndole por hombre bullicioso, y le llevé conmigo á aquel camino con todos los demas señores que me pareció que eran parte para la seguridad y revuelta destas partes, el Guatimucin, señor que fué de Tezcuco, y Tetepanquencal, señor que fué de Tacuba, y un Tacitecle, que á la sazón era en esta ciudad de México en la parte de Tatelusco, habian hablado muchas veces y dado cuenta dello á este Mesicalcingo, diciendo cómo estaban desposeidos de sus tierras y señorío, y los mandaban los españoles, y que seria bien que buscasen algun remedio para que ellos las tornasen á señorear y poseer, y que hablando en ello muchas veces en este camino, les habia parecido que era buen remedio tener manera como me matasen á mí y á los que conmigo iban, y despues y apellidando la gente de aquellas partes hasta matar á Cristóbal de Olid y la gente que con él estaba, y enviar sus mensajeros á esta ciudad de Temuxtitan para que matasen todos los españoles que en ella habian quedado, porque les parecia que lo podian hacer muy ligeramente, diciendo que todos los que quedaban aquí eran de los

que habian venido nuevamente, y que no sabian las cosas de la guerra, y que acabado de hacer ellos lo que pensaban, irian apellidando y juntando consigo toda la tierra por todas las villas y lugares donde hubiese españoles, hasta los matar y acabar todos, y que hecho, pornian en todos los puertos de la mar recias guarniciones de gente para que ningun navío que viniese se les escapase, de manera que no pudiese volver nueva á Castilla; y que así serian señores como antes lo eran, y que tenian ya hecho repartimiento de las tierras entre sí, y que á este Mesicalcingo le hacian señor de cierta provincia. Informado de su traicion, dí muchas gracias á nuestro Señor por haberla así revelado, y luego en amaneciendo prendí á todos aquellos señores, y los puse apartados el uno del otro, y les fuí á preguntar cómo pasaba el negocio, y á los unos decia que los otros me lo habian dicho, porque no sabian unos de otros; así que hubieron de confesar todos que era verdad que Guatemucin y Tetepunquecal habian movido aquella cosa, y que los otros era verdad que lo habian oído, pero que nunca habian consentido en ello; y desta manera fueron ahorcados estos dos, y á los otros solté, porque no parecia que tenian más culpa de habelles oído, aunque aquella bastaba para merecer la muerte; pero quedaron procesos abiertos para que cada vez que se vuelvan puedan ser castigados, aunque creo que ellos quedan de tal manera espantados, porque nunca han sabido de quién lo supe,

que no creo se tornarán á revolver, porque creen que lo supe por alguna arte, y así piensan que ninguna cosa se me puede esconder; porque, como han visto que para acertar aquel camino muchas veces sacaba una carta de marear y una aguja, en especial cuando se acerca el camino de agua, se creían, han dicho á muchos españoles, que por allí lo saqué, y aun á mí me han dicho algunos dellos, queriéndome hacer cierto que tienen buena voluntad, que para que conozca sus buenas intenciones, que me rogaban mucho que mirase el espejo y la carta, y que allí veria cómo ellos me tenian buena voluntad, pues por allí sabia todas las otras cosas: yo tambien les hice entender que así era la verdad.

Esta provincia de Acalan es muy gran cosa, porque hay en ella muchos pueblos y de mucha gente, y muchos dellos vieron los españoles de mi compañía, y es muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel: hay en ella muchos mercaderes y gentes que tratan en muchas partes, y son ricos de esclavos y de las cosas que se tratan en la tierra; está toda cercada de esteros, y todos ellos salen á la bahía ó puerto que llaman de Términos, por donde en canoas tienen gran contratacion en Xicalango y Tabasco, y aun créese, aunque no está sabida del todo la verdad, que atraviesan por allí á estotra mar; de manera que aquella tierra que llaman Yucatan, queda hecha isla. Yo trabajaré de saber el secreto desto, y haré dello á vuestra majestad ver-

dadera relacion. Según supe, no hay en ella otro señor principal sino el que es el más caudaloso mercader y que tiene más trato de sus navíos por la mar, que es este Apaspolon, de quien arriba he nombrado á vuestra majestad por señor principal. Y es la causa ser muy rico y de mucho trato de mercadería, que hasta en el pueblo de Nito, de que adelante diré, donde hallé ciertos españoles de la compañía de Gil Gonzalez de Avila, tenían un barrio poblado de sus fadores, y con ellos un hermano suyo, que trataban sus mercaderías, las que más por aquellas partes se tratan, entre ellas el cacao, ropa de algodón, colores para teñir, otra cierta manera de tinta con que se tiñen ellos los cuerpos para se defender del calor y del frio, tea para alumbrarse, resina de pino para los sahumeros de sus ídolos, esclavos, otras cuentas coloradas de caracoles, que tienen en mucho para el ornato de sus personas. En sus fiestas y placeres tratan algun oro, aunque todo mezclado con cobre y otras mezclas.

A este Apaspolon y á muchas personas honradas de la provincia que me venian á ver, les dije lo que á todos los otros del camino les habia dicho acerca de sus ídolos, y de lo que debian creer y hacer para salvarse, y tambien lo que eran obligados del servicio de vuestra majestad; de lo uno y de lo otro pareció que recibieron contentamiento, y quemaron muchos de sus ídolos en mi presencia, y dijeron que de allí adelante no los honrarian más, y prometieron que

siempre serian obedientes á cualquier cosa que en nombre de vuestra majestad les fuese mandado; y así me despedí dellos, y me partí, como arriba he dicho.

Tres dias antes que saliese desta provincia de Acalan envié cuatro españoles con dos guias que me dió el señor della, para que fuesen á ver el camino que habia de llevar á la provincia de Mazatcan, que en su lengua dellos se llama Quiatleo, porque me dijeron habia mucho despoblado, y que habia de dormir cuatro dias en los montes antes que llegase á la dicha provincia, para que viesen el camino, y si habia en él rios ó ciénagas que pasar, y mandé á toda la gente se apercibiese de bastimentos para seis dias; porque no nos acaesciese otra necesidad como la pasada; los cuales se bastecieron muy cumplidamente, porque de todo tenían harta copia, y á cinco leguas andadas despues de la pasada del estero, topé los españoles que venian de ver el camino con las guias que habian llevado, y me dijeron que habian hallado muy buen camino, aunque cerrado de monte, pero que era llano, sin rio ni ciénaga que nos estorbase, y que habian llegado sin ser sentidos hasta unas labranzas de la dicha provincia, donde habian visto alguna gente; desde allí se habian vuelto sin ser vistos ni sentidos. Holgué mucho de aquella nueva, y de allí adelante mandé que fuesen seis peones sueltos con algunos indios de nuestros amigos, delante una legua de los que iban

abriendo el camino, para que, si algun caminante topasen, le asiesen de manera que pudiésemos llegar á la provincia sin ser sentidos, porque tomásemos la gente antes que se ausentase, ó quemasen los pueblos, como lo habian hecho los de atrás, y aquel dia, cerca de una legua del agua, hallaron los indios naturales de la provincia de Acalan, que venian de la de Mazatcan, segun dijeron, de rescatar sal por ropa, y en algo pareció ser así verdad, porque venian cargados de ropa; y trajéronlos ante mí, y yo les pregunté si de mi ida tenian noticia los de aquella provincia, y dijeron que no, antes estaban muy seguros; y yo les dije que se habian de volver conmigo, y que no recibiesen pena dello, porque ninguna cosa de lo que traían se les perderia; antes yo les daria más, y que en llegando á la provincia ya, que se volviesen, porque yo era muy amigo de todos los del Acalan, porque del señor y todos ellos habia recibido buenas obras, y ellos mostraron buena voluntad de lo hacer, y así, volvieron guiándonos, y aun nos llevaron por otro camino, y no por el que los españoles que yo envié primero habian ido abriendo; que aquel iba á dar á los pueblos, y el otro iba á ciertas labranzas, y aquel dia dormimos asimesmo en el monte, y otro dia los españoles que iban por corredores delante toparon cuatro indios de los naturales de Matanza con sus arcos y flechas, que estaban, segun pareció, en el camino por escuchas, y como dieron sobre

ellos, desembrazaron sus arcos y hirieron un indio de los míos, y como era el monte espeso, no pudieron prender más de uno, el cual entregaron á tres indios de los míos, y los españoles siguieron el camino adelante, creyendo que habia más de aquellos; y como los españoles se apartaron, volvieron los otros que habian huido, y segun pareció, se quedarían allí cerca metidos en el monte, y dan sobre los indios mis amigos, que tenian á su compañero preso, y pelearon con ellos, y quitáronsele, y los nuestros de corrido siguiéronlos por el monte y alcanzáronlos, y tornaron á pelear y hirieron á uno dellos en un brazo de una gran cuchillada, y prendiéronle, y los otros huyeron, porque ya sentian venir gente de la nuestra. Cerca deste indio me informé si sabian de mi ida, y dijo que no; preguntéle que para qué estaban ellos allí por velas, y dijeron que ellos siempre lo acostumbraban así hacer, porque tenian guerra con muchos de los comarcanos, y que para asegurar los labradores que andaban en sus labranzas, el señor mandaba siempre poner sus espías por los caminos, por no ser salteados: seguí mi camino á la más priesa que pude, porque este indio me dijo que estábamos cerca, y porque sus compañeros no llegasen antes á dar mandado, y mandé á la gente que iba delante, que en llegando á las primeras labrazas se detuviesen en el monte, y no se mostrasen hasta que yo llegase, y cuando llegué era ya tarde, y díme mucha

prieta pensando llegar aquella noche al pueblo; y porque el fardaje venia algo derramado, mandé á un capitán que se quedase allí en aquellas labranzas con veinte de caballo, y los recogiese y durmiese allí con ellos, y recogidos todos, que siguiesen mi rastro, y trabajasen de andar por un caminillo algo seguido, aunque de monte muy cerrado, á pié, con el caballo de diestro, y todos los que me seguian de la misma manera, y fuí por él hasta que, cerca la noche, dí en una ciénaga que sin aderezarse no se podia pasar, y mandé que de mano en mano diesen que se volviesen atrás; y así, nos volvimos á una cabanilla que atrás quedaba, y dormimos aquella noche en ella, sin tener agua que beber nosotros ni los caballos, y otro dia por la mañana hice aderezar la ciénaga con mucha rama, y pasamos los caballos de diestro, aunque con trabajo, y á tres leguas de donde dormimos, vimos un pueblo en un peñol, y pensando que no habiamos sido sentidos, llegamos en mucho concierto hasta él, y estaba tan bien cercado, que no hallábamos por dónde entrar: en fin, se halló entrada, y hallábamos despojado y muy lleno de bastimentos de maíz y aves y miel y frisoles y de todos los bastimentos de la tierra, en mucha cantidad, y como fueron tomados de improviso, no lo pudieron alzar, y tambien como era frontero, estaba muy bastecido. La manera deste pueblo es que está en un peñol alto, y por la una parte le cerca una gran laguna, y por la otra

un arroyo muy hondo que entra en la laguna, y no tiene sino sola una entrada llana, y todo él está cercado de un fosado hondo, y despues del fosado un petril de madera hasta los pechos de altura, y despues deste petril de madera una cerca de tablones muy gordos, de hasta dos estados en alto, con sus troneras en toda ella para tirar sus flechas, y á trechos de la cerca unas garitas altas que sobrepujaban sobre ella cerca otro estado y medio, asimismo con sus torreones y muchas piedras encima para pelear dende arriba, y sus troneras tambien en lo alto y de dentro de todas las casas del pueblo, ansimismo sus troneras y traveses á las calles, por tan buena orden y concierto, que no podia ser mejor, digo para propósito de las armas con que ellos pelean. Aquí hice ir alguna gente por la tierra á buscar la del pueblo, y tomaron dos ó tres indios, y con ellos envié al uno de aquellos mercaderes de Acalan, que habia tomado en el camino, para que buscasen al señor, y le dijessen que no hobiese miedo ninguno, sino que se volviese á su pueblo; porque yo no le venia á hacer enojo, antes le ayudaria en aquellas guerras que tenia, y le dejaria su tierra muy pacífica y segura; y desde á dos dias volvieron y trujeron á un tio del señor consigo, el cual gobernaba la tierra, porque el señor era muchacho; y no vino el señor porque diz que tuvo temor, y á este hablé y aseguré, y se fué conmigo hasta otro pueblo de la misma provincia,

que está siete leguas deste, que se llama Tiac, y tienen guerra con los deste pueblo, y está tambien cercado, como este otro, y es muy mayor, aunque no es tan fuerte, porque está en llano, pero tiene sus cercas y cavas y garitas más recias y más, y cercado cada barrio por sí, que son tres barrios, cada uno dellos cercado por sí, y una cerca que cerca á todos. A este pueblo habia enviado dos capitánias de caballo y una de peones delante, y hallaron el pueblo despoblado, y en él mucho bastimento, y cerca del pueblo tomaron siete ó ocho hombres, de los cuales soltaron algunos, para que fuesen á hablar al señor y asegurar la gente; y hiciéronlo tan bien, que antes que yo llegase habian ya venido mensajeros del señor y traído bastimentos y ropa, y despues que yo vine vinieron otras dos veces á nos traer de comer y hablar, así de parte del señor deste pueblo, como de otros cinco ó seis que están en esta provincia, que son cada uno cabecera por sí, y todos ellos se ofrecieron por vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos, aunque jamás pude acabar con ellos que los señores me viniesen á ver; y como yo no tenia espacio para detenerme mucho, enviéles á decir que yo los recibia en nombre de vuestra alteza, y les rogaba que me diesen guias para mi camino adelante; lo cual hicieron de muy buena voluntad, y me dieron una guia que sabia muy bien hasta el pueblo donde estaban los españoles, y los habia visto; y con esto

me partí deste pueblo de Tiac, y fuí á dormir á otro que se llama Yasuncabil, que es el postrero de la provincia, el cual asimismo estaba despoblado y cercado de la manera que los otros. Aquí habia una muy hermosa casa del señor. Aunque de pasada, en este pueblo nos proveímos de todo lo que hobimos menester para el camino, porque nos dijo la guia que teniamos cinco dias de despoblado hasta la provincia de Táica, por donde habiamos de pasar, y así era verdad: desde esta provincia de Mazatcan hasta Guiatha despedí los mercaderes que habia tomado en el camino, y las guias que traía de la provincia de Acalan, y les dí de lo que yo tenia, así para ellos como para que llevasen á su señor, y fueron muy contentos; tambien envié á su casa al señor del primer pueblo, que habia venido conmigo, y le dí ciertas mujeres que habian tomado por los montes de las suyas, y otras cosillas, de que quedó muy contento.

Salido desta provincia de Mazatcan, seguí mi camino para la de Táica, y dormí á cuatro leguas en despoblado, que todo el camino lo era, y de grandes montañas y sierras; y aun hubo en él un mal puerto, que por ser todas las peñas y piedras dél de alabastro muy fino, se puso nombre puerto de Alabastro, y al quinto dia los corredores que llevaba delante con la guia asomaron una muy gran laguna, que parecia brazo de mar, y aun así creo que lo es, aunque es dulce, segun su grandeza y

hondura, y en una isleta que hay en ella vieron un pueblo, el cual les dijo la guía ser el principal de aquella provincia de Táica, y que no teníamos remedio para pasar á él si no fuese en canoas, y quedaron allí los españoles corredores puestos en salto, y volvió uno dellos á hacerme saber lo que pasaba; yo hice detener toda la gente, y pasé adelante á pié para ver aquella laguna y la disposición della, y cuando llegué á los corredores hallé que habían prendido un indio de los del pueblo, que había venido en una canoa chiquita con sus armas á descubrir el camino y ver si había alguna gente; y aunque venia descuidado de lo que le acaesció, se les fuera, sino por un perro que tenían, que le alcanzó antes que se echase al agua: deste indio me informé y me dijo que ninguna cosa se sabía de mi venida; preguntéle si había paso para el pueblo, y dijo que no; pero dijo que cerca de allí, pasando un brazo pequeño de aquella laguna, había algunas labranzas y casas pobladas, donde creía, si llegásemos sin ser sentidos, hallaríamos algunas canoas; y luego envié á mandar á la gente que se viniesen tras mí, y yo con diez ó doce peones ballesteros seguí á pié por donde el indio nos guió, y pasamos un gran rato de ciénaga y agua hasta la cinta, y otras veces más arriba, y llegué á unas labranzas, y con el mal camino; y aun porque muchas veces no podíamos ir sino descubiertos, no podíamos de- ar de ser sentidos, y llegamos á tiempo que ya laj

gente se embarcaba en sus canoas, y se hacían al largo de la laguna, y anduve con mucha priesa por la ribera de aquella laguna dos tercios de legua de labranzas, y en todas habíamos sido sentidos, y iban ya huyendo. Ya era tarde y seguía, más era en vano. Reposé en aquellas labranzas y recogí toda la gente, y aposentéla al mejor recaudo que yo pude, porque me decía la guía de Mazatcan que aquella era mucha gente y muy ejercitada en la guerra, á quien todas aquellas provincias comarcanas temían, y díjome que él quería ir en aquella canoita en que había venido, que tornaría al pueblo que se parecía en la isleta, y está bien dos leguas de aquí hasta llegar á él, y que hablaría al señor, que él conocía muy bien, y se llama Caneé, y le diría mi intención y causa de mi venida por aquellas tierras, pues él había venido conmigo, y la sabía y la había visto, y creía que se aseguraría mucho y le daría crédito á lo que dijese, porque era dél muy conocido y había estado muchas veces en su casa, y luego le dí la canoa y el indio que la había traído con él, y le agradecí el ofrecimiento que me hacía, y le prometí que si lo hiciese bien, que se lo gratificaría muy á su contento; y así, se fué, y á media noche volvió, y con él dos personas honradas del pueblo, que dijeron ser enviados de su señor á me ver y se informar de lo que aquel mensajero mio les había dicho, y saber de mí qué era lo que quería; yo les rescibí muy bien y dí algunas

cosillas, y les dije que yo venia por aquellas tierras por mandado de vuestra majestad, á verlas y hablar á los señores y naturales dellas algunas cosas cumplideras á su real servicio y bien dellos; que dijesen á su señor que le rogaba que, pospuesto todo temor, viniese adonde yo estaba, y que para más seguridad yo les queria dar un español que fuese allá con ellos y se quedase en rehenes en tanto que él venia, y con esto se fueron, y con ellos la guía y un español, y otro dia de mañana vino el señor, y hasta treinta hombres con él, en cinco ó seis canoas, y consigo el español que habia enviado para las rehenes, y mostró venir muy alegre. Fué de mí muy bien recibido, y porque cuando llegó era hora de misa, hice que se dijese cantada y con mucha solemnidad, con los ministriles de chirimías y sacabuches que conmigo iban; la cual oyó con mucha atencion y las ceremonias della, y acabada la misa vinieron allí aquellos religiosos que llevaba, y por ellos le fué hecho un sermon con la lengua, en manera que muy bien lo pudo entender, acerca de las cosas de nuestra fe, y dándole á entender por muchas razones cómo no habia más de un solo Dios, y el yerro de su seta, y segun mostró y dijo, satisfízose mucho, y dijo que él queria luego destruir sus ídolos y creer en aquel Dios que nosotros le deciamos, y que quisiera mucho saber la manera que debia de tener para servirle y honrarle, y que si yo quisiese ir á su pueblo, veria cómo en mi

presencia los quemaba, y queria que le dejase en su pueblo aquella cruz que le decian que yo dejaba en todos los pueblos por donde yo habia pasado. Despues deste sermon yo le torné á hablar, haciéndole saber la grandeza de vuestra majestad, y que como él y todos los del mundo éramos sus súbditos y vasallos, y le somos obligados á servir, y que á los que así lo hacian vuestra majestad les mandaria hacer muchas mercedes, y yo en su real nombre lo habia hecho en estas partes así con todos los que á su real servicio se habian ofrecido y puesto debajo de su real yugo, y que así lo prometia á él: él me respondió que hasta entonces no habia reconocido á nadie por señor ni habia sabido que nadie lo debiese ser; que verdad era que habia cinco ó seis años que los de Tabasco, viniendo por allí por su tierra, le habian dicho cómo habia pasado por allí un capitán con cierta gente de nuestra nacion, y que los habian vencido tres veces en batalla; y que despues les habian dicho que habian de ser vasallos de un gran señor, y todo lo que yo agora le decia, que le dijese si era todo uno. Yo le respondí que el capitán que los de Tabasco le dijeron que habia pasado por su tierra, con quien ellos habian peleado, era yo; y para que creyese ser verdad, que se informase de aquella lengua que con él hablaba, que es Marina, la que yo siempre conmigo he traído, porque allí me la habian dado con otras veinte mujeres; y ella le habló y le certificó

dello, y cómo yo habia ganado á México, y le dijo todas las tierras que yo tengo sujetas y puestas debajo del imperio de vuestra majestad, y mostró holgarse mucho en haberlo sabido, y dijo que él queria ser sujeto y vasallo de vuestra majestad, y que se ternia por dichoso de serlo de un tan gran señor como yo le decia que vuestra alteza lo es, y hizo traer aves y miel y un poco de oro y ciertas cuentas de caracoles coloradas, que ellos tienen en mucho, y diómelo, y yo asimesmo le dí algunas cosas de las mias, de que mucho se contentó, y comió conmigo con mucho placer, y despues de haber comido, yo le dije cómo iba en busca de aquellos españoles que estaban en la costa de la mar, porque eran de mi compañía y yo los habia enviado, y habia muchos dias que no sabia dellos; y por eso los venia á buscar; que le rogaba que él me dijese alguna nueva si sabia dellos: él me dijo que tenia mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde ellos estaban tenia él ciertos vasallos suyos, que le servian de ciertos cacaguatales, porque era aquella tierra muy buena dellos, y que destos y de muchos mercaderes que cada dia iban y venian de su tierra allá sabia siempre nueva dellos, y que él me daria guia para que me llevasen adonde estaban; pero que me hacia saber que el camino era muy áspero, de sierras muy altas y de muchas peñas; que si habia de ir por la mar, que no me fuera tan trabajoso: yo le dije que ya él via que para tanta

gente como yo conmigo traía y para el fardaje y caballos, que no bastarian navíos, que me era forzado ir por tierra; le rogué que me diese orden para pasar aquella laguna, y díjome que yendo por ella arriba hasta tres leguas se desechaba, y por la costa podia tomar el camino frontero de su pueblo; y que me rogaba mucho que ya que la gente se habia de ir por acullá, que yo me fuese con él en las canoas á ver su pueblo y casa, y que veria quemar los ídolos, y le haria hacer una cruz; y yo, por darle placer, aunque contra la voluntad de los de mi compañía, me entré con él en las canoas con hasta veinte hombres, los mas dellos ballesteros, y me fuí á su pueblo con él todo aquel dia holgando y ya que era casi noche me despedí dél, y me dió una guia, y me entré en las canoas, y me salí á dor, mir á tierra, donde hallé ya mucha gente de la de mi compañía que habia bajado la laguna, y dormimos allí aquella noche. En este pueblo, digo en aquellas labranzas, quedó un caballo que se hincó un palo por el pié, y no pudo andar; prometióme el señor de lo curar: no sé lo que hará.

Otro dia, despues de recogida mi gente, me partí por donde las guias me llevaron, y á obra de media legua del aposento dí en un poco de llano y cabaña, y despues torné á andar en otro montecillo, que duró obra de legua y média, y torné á salir á unos muy hermosos llanos, y en saliendo á ellos, envié muy delante ciertos de caballo y algunos peones, porque